



XX

La lectura de malos libros

Conferencia predicada en la Santa Iglesia Catedral, en la misa ferial del 10 de marzo de 1876.

Qui dixerunt: Linguam nostram magni habemus; labia nostra á nobis sunt. ¿Quis noster Dominus est?

Los cuales dijeron: nos engrandeceremos con nuestras lenguas; nos pertenecen nuestros labios. ¿Quién es Nuestro Señor? David, salmo 11. v. 5)

He ahí, mis hermanos, el grandioso momumento de la soberbia humana. Engreído el hombre con su hermosura, deslumbrado con el brillo refulgente de esa luz divina encendida por Dios en el fondo de su corazón, contemplando la fuerza de su poder, por el cual lo constituyó Dios Rey y Señor de la creación, ha pretendido levantar el edificio gigantesco que enseñe á las generaciones y á los siglos, de cuánto es capaz el hombre, cuán grandes son las obras de sus manos, y poder con mejor éxito que los antiguos genios de la humanidad, levantar una nueva torre, cuya cumbre se pierda en las alturas del cielo. Para efectuar esta loca y magna empresa, ha independizado el hombre su ra-

zón y su espíritu del saludable yugo de la fe, ha quebrantado audazmente todos los sagrados vínculos que ligaban su conciencia á las sagradas leyes de su autor, ha pretendido rehacer por completo todo el edificio del orden social y moral, ha creado una organización nueva para la sociedad, un nuevo código para la moral, nuevos principios para la política. Vanagloriándose en su obra, exclama insensatamente: "Nos hemos engrandecido con nuestras lenguas, proclamando la libertad de pensar y de hablar. ¡Ah! Dejemos á Dios que goce en su eterna soledad de su inefable dicha, en el santuario del cielo; dejémosle allí rodeado de esplendor y gloria en ese trono que los siglos no pueden conmovér y manejeemos nosotros á nuestro gusto las cosas de la tierra; prescindamos de él por completo y no le obliguemos á mezclarse en los miserables asuntos del planeta en que habitamos."

La razón humana, mis hermanos, ha llegado, en efecto, á construir una civilización completa. Yo no necesito decirlo: ante vosotros está, la tenéis á la vista; vivís en ella, respiráis en su atmósfera, os cerca su espíritu por todas partes. Y para propagar las máximas, el espíritu, las tendencias de este gran sistema naturalista, cuya esencia consiste en eliminar por completo el elemento sobrenatural, en cimentar, dirigir y perfeccionar las sociedades humanas, en afirmar como principio fundamental de toda política humana, que el elemento de la religión es enteramente extraño á las cosas del mundo y á la organización de la sociedad; como medio de propagación, repito, de este vasto sistema de naturalismo que todo lo absorbe y todo lo comprende: la familia, la sociedad, los gobiernos, el municipio, todas las instituciones humanas, y que pretende introducirse en el seno mismo de la Iglesia; para esta propagación, cuenta con el ministerio de la prensa que por una admirable combinación, lleva el pensamiento á los cua-

tro ángulos del mundo con la rapidez del relámpago, que comunica al mismo tiempo las ideas, que inflama rápidamente los sentimientos, que todo lo conmueve, todo lo inquieta y todo lo turba, siendo manejada con discreción, con habilidad, con artificio, mediando el tiempo, las ocasiones, las oportunidades, para producir sus efectos.

He aquí el segundo de los medios de que os hablé al principio, que emplea el mundo agitado por el respeto humano para arrancar los discípulos á Jesucristo, para sembrar la ruína en el dominio de la Iglesia, para perturbar las conciencias, para derramar el veneno del error en los entendimientos, para corromper los corazones, en una palabra, para producir esa especie de desolación universal á que está condenado el mundo en la época presente. Funestos efectos de los malos libros que, como una peste asoladora, han invadido el mundo, hace ya un siglo, mis hermanos, obra exclusiva de la enfermedad fatal del hombre, de su perversa y corrompida voluntad y que difunden admirablemente el veneno de que están saturadas sus páginas, pervirtiéndolo todo, deshojando impiamente las flores de la inocencia, convirtiendo á tantas y tantos jóvenes en la edad de la risueña y florida carrera de la juventud, en espantable monstruo de abominación y de impiedad.

Cuento, mis hermanos, con vuestro apoyo, con el estímulo de vuestra atención, con el favor de vuestra simpatía, con el auxilio de vuestras oraciones á Dios, á fin de tener todo el valor necesario para arrancar á esta arrogante civilización moderna, el manto esplendoroso con que está cubierta, para desnudarla de él y presentaros en su horrible deformidad, el abominable y corrompido esqueleto lleno de putrefacción y de inmundicia. Así contemplaréis en su asquerosa realidad las innumerables llagas que corrompen la sociedad, las sondaréis conmigo, porque en la profundidad de esas

llagas nauseabundas, se encuentra toda la abominación que puede destilar el genio del mal en la sangre, en la vida misma de la sociedad y de los pueblos.

Tanto cuanto puede interesaros este asunto, mis hermanos, otro tanto debéis estimularos á pedir á Dios, gracia para vosotros y para mí, á fin de que yo lo trate con provecho para vuestras almas, procurando siempre la mayor gloria de Dios. Imploramos, pues, su auxilio invocando á María.

—
¿Qué fuego devorador es este, tan activo, que es poderoso á consumir en sus llamas la existencia misma del espíritu? ¿Tan penetrante que puede calcinar los fundamentos mismos de la sociedad, que puede consumir hasta las más profundas raíces del árbol de la ciencia? ¿Tan rápido que se extiende causando vértigos al espectador, por todos los cuatro ángulos del mundo, de oriente á occidente, del septentrión al mediodía, talando las ciudades y los pueblos, devorando todas las antiguas obras de los siglos, todas las antiguas obras de la humanidad? ¿Tan consistente que nada parece capaz de extinguirlo; antes al contrario todos los medios empleados por los gobiernos, por las instituciones de los pueblos para detener sus progresos, parece que no sirven sino para avivar su voraz incendio? ¿Qué fuego es este? Según el curso que lleva, la rapidez con que se propaga, la actividad con que consume el abrazador calor de sus llamas: todo dice que muy en breve quedará convertido el mundo, mis hermanos, en un inmenso montón de escombros, sobre los cuales el ángel de la destrucción pueda decir á las futuras generaciones: "Aquí fué la civilización cristiana." Este fuego ha sido admirablemente descrito por el Espíritu Santo, en la epístola del apóstol Santiago. ¿Cuál es el foco de donde parten estas voraces llamas? Es la prensa impía y corruptora, son los malos libros, es ese torren-

te inmenso formado de los infinitos raudales que parten de toda su máquina, movida por el infierno y que va engrosando suavemente sus aguas hasta convertirse en un mar inmenso de iniquidad y de corrupción: "la lengua, la palabra del hombre, es fuego que consume, que destroza". Y el genio inquieto de la revolución recorre por el mundo libremente y sin trabas, coronada su frente de infernales víboras, llevando en las manos la tea de la discordia. ¿No lo véis levantarse audazmente contra la autoridad, sembrar la desunión en el seno de los pueblos, introducir al demonio de la discordia en el campo mismo de la Iglesia, pretendiendo con su tea incendiaria derribar el altar y el templo para reinar sobre sus ruinas? ¿quién lo impele por el mundo? El infierno; soplando á este genio inquieto, le comunica alas más veloces que el viento para difundir en todas partes ese espíritu de revolución, que forma el carácter principal de nuestro siglo.

¿Qué se ha hecho la inocencia de la niñez y de la juventud? ¿Dónde están esas perfumadas flores de su virtud que formaban el encanto y el regocijo de la Iglesia, la admiración de los ángeles y las delicias de Dios y engalanaban los jardines de la inmaculada esposa de Jesucristo? ¿Qué se hicieron? ¿No es verdad que aún antes de desarrollarse la razón está ya marchita esa flor de la virginidad del alma, que no es sino el aliento purísimo de Dios? ¿No es verdad que todos lloran con lágrimas, y lágrimas de sangre, sobre la corrupción de la moral pública, sobre esa especie de precocidad funesta que distingue tanto á los hijos de este siglo? ¿Quién ha podido introducir, así, tan temprano, el veneno en esos corazones infantiles? ¿Quién ha podido llevar allí al ángel del mal para que ultraje impiamente, todavía en la mañana de la vida, esas delicadas flores del pudor y de la inocencia? Los malos libros. Y luego la extraña multiplicación de este mal, su rapidez espantosa

por el mundo, la facilidad con que se introduce en todas partes, en la casa de los ricos y de los pobres; los variados engaños con que los hijos del mal propagan este veneno mortífero, el desinterés con que multitud de sociedades, inspiradas por el demonio los distribuyera gratis para el uso del pueblo. Todo este conjunto, ¿no constituye lo que el apóstol llamaba: "La lengua representa el conjunto universal de toda malicia y de toda iniquidad?"

Si consideramos en su conjunto el orden social ¿no es verdad, mis hermanos, que se encuentra amenazado, algo más, herido ya de muerte? ¿No es verdad que resuenan ya en los aires lúgubres acentos acerca del porvenir del mundo? ¿No es cierto que los enemigos mismos de la religión se encuentran aterrados en presencia de las funestas consecuencias de su doctrina y de sus promesas? ¿No es cierto que la impiedad amenaza ya destruir por completo todo el edificio social? ¡Ah! La lengua todo lo pervierte, todo lo corrompe y lo mata.

En la imposibilidad de abarcar en un solo discurso tan vasto asunto, sólo trataremos de los funestos efectos de los malos libros sobre las costumbres públicas y privadas. Efectos tanto más perniciosos, cuanto que la lectura de malos libros, ofrece elementos de corrupción que no tiene ninguno de los otros medios de propagación del mal, inventados por el demonio en el mundo.

Y en primer lugar, este elemento de corrupción es obra del talento, del arte, de la industria del hombre. Obra de largas vigiliadas consumidas en escogitar la mejor manera de atraer, de encantar, de seducir al lector. Los otros medios de corrupción que emplea el mundo son fugaces, frívolos por su propia naturaleza, fruto de la sorpresa, de la ocasión, de la oportunidad. Este de los malos libros es obra de la meditación, de una refinada malicia puesta al servicio de la inteligencia. Y

aquí precisamente es donde se descubre toda la abominable perversidad de esta invención; por que ¿se puede contemplar algo más malo que ver la inteligencia del hombre, esa luz de su espíritu, ese reflejo de la mirada de Dios, esa chispa desprendida, por decirlo así, de la razón eterna, para alumbrar las tinieblas del error? ¡Que dolor verla puesta al servicio de la corrupción, esclava de las pasiones, prestando el concurso de su luz, que sólo debiera servir para disipar las tinieblas del error, á la obra del mal, á la maldita obra de la corrupción, que envenena todas las fuentes de la moral! ¡Ah! Abominable malicia, en verdad solo propia de esos abismos infernales, donde los espíritus del mal viven quemándose en su desesperación, discutiendo la mejor manera de pervertir y corromper al hombre! ¡Ved sino lo que pasa en ese desgraciado joven inocente aún, que no ha comido todavía el fruto envenenado del árbol de la ciencia, que se ha nutrido únicamente con los sabrosos y regalados frutos del árbol de la vida! La seductora serpiente se le ha aparecido, como en el primer día de la creación á nuestros primeros padres; lo ha embriagado, su canto lo ha embelesado, ha vuelto sus ojos y al punto ha sentido el estímulo de la curiosidad. Ve, le dice: dentro de estas páginas se encuentra el tesoro de la divinidad, el secreto de la dicha: tu espíritu anhelante, lleno de vida, de amor á la verdad, quiere estrechar la felicidad, quiere arrojarse en sus brazos y buscar un porvenir dichoso que forme su delicia: aquí tienes el secreto de ese problema magnífico que tu soñabas en los venturosos delirios de tu juventud! El joven incauto cree y allí está su perdición: olvida por un momento el mandamiento de su Dios, cuando lo sacó de la nada, mandamiento expreso en el cual se le ordena que no comerá del fruto del árbol prohibido; olvida por un momento las recomendaciones de sus padres, las tiernas